

dirigidas á buscar una ciencia que realmente apurase su objeto. Pero todos, desde la forma científica á que tendian sus trabajos, han sido conducidos á admitir las oposiciones que constituían el objeto de sus tentativas; pero á la vez no supieron encontrar entre ellas relacion alguna determinada, y es muy natural, pues que ateniéndose á su modo de ver, no podian advertir que este mundo esté destinado, en su mas puro principio, á alcanzar una perfeccion completa.

Es decir que Sócrates permanece todavía, por medio de sus discípulos, á la cabeza de la moderna filosofía. Los estoicos pudieron considerarse como una preparacion al Cristianismo, y hoy han desaparecido del todo, ó se han transformado en una escuela puramente moral. Aristóteles y Platon, aunque próximos en época, se hallan inmensamente apartados en ideas, y con este concluye la edad poética y creadora de la Grecia, con aquel empieza la edad crítica y de reflexion. Hasta hoy subsisten ambos como prototipos de las capitales divisiones de la filosofía, representando el uno el principio de la naturaleza, el otro el de la fuerza. De estos dos principios, en cuanto á la cosmogonía, el primero conduce al ateísmo, ó su forma, el panteísmo; el otro al deísmo, y por consecuencia al monoteísmo; en cuanto á la antropología, el primero niega la responsabilidad del yo y su duracion mas allá de la vida, ni reconoce ley moral ó ciencia; el otro se liga á un elemento espiritual, inmortal, responsable, y sanciona la autoridad de la conciencia (1).

Á movimiento tan profundo, tan vasto, tan durable, daba impulso Sócrates con solo proporcionar el retorno de la conciencia sobre sí mismo. Porque lo que mas interesa á una sociedad conservar, despues de haber perdido sus creencias, son los principios; y así importa á lo sumo llamar á la lógica legítima sondeando las máximas del sentido comun, buscando su conexión, determinando los confines entre la certidumbre y la opinion, sacando lo verdadero de la confrontación con la innata luz de la razon, y conciliando por tal medio las convicciones y la virtud, los intereses y los derechos, los cálculos y las creencias. Que si por ventura volviere un siglo ó un país en que los sofistas tornasen á apoderarse del campo; sofistas literatos á quienes el hábito de frívolos análisis constituye ineptos para toda síntesis eficaz, que con amables frivolidades distraen de las lecturas serias; que invadiendo solo las vulgares tri-

(1) RITTER, *St. della filosofia*, I, XI, c. 6.

bunas, de donde aparta á los pensadores el sentimiento de la dignidad; que denuestan desde ellas á quien no los inciensa ó á quien se atreve á creer que el arte es una mision de nobleza y de generosidad; sofistas educadores, que ponen en el trono á la charlataneria, y que con la importancia de las futilidades y de las apariencias sofocan la necesidad de vital alimento; sofistas artistas que adoren puramente lo bello y busquen el arte solo por el arte; sofistas académicos, que por erigirse guardas de una antigüedad de que no temen emulacion hostilicen toda novedad; sofistas lógicos que pretendan someter la conciencia y la religion á las rígidas consecuencias de un silogismo; sofistas filósofos, que desvarien en vanas sutilezas y hagan ostentacion de paradojas, que no son mas que un cambio de frases convencionales; sofistas políticos, que hoy predicán una sentencia y mañana la opuesta, conforme al interes y á la pasion, pero siempre extremas y no discutidas, exagerando los males, y renegando al mismo tiempo de los remedios; si por ventura se levantara un siglo, demasiado orgulloso para querer creer en la autoridad, demasiado tímido para fiarse solo de la propia razon; un siglo en que una general confusion enmarañe los libros siempre que hablen de certeza en los principios, en los medios, en los motivos por el orden natural y sobrenatural; un siglo en que no se sepa qué cosa sean razon, fe, autoridad, creencia en Dios y en sí mismo, ni cómo se distingan filosofía, teología, religion, y las competencias del espíritu humano y de la sabiduría divina, sin consentir que la una prevalezca sobre la otra; un siglo en que la especulacion sofoque la accion, y en que la necesidad de obrar se vea suplantada por la manía de agitarse, de modo que derive de esta una melancolía descontentadiza é ineficaz; un menosprecio del valor á cada paso y de las virtudes mas santas por ser populares; siglo, pues, que por carencia de principios sea vacilante en las consecuencias; siglo en que pretendan el derecho de la palabra aquellos que ménos derecho tienen á él, porque no tienen convicciones; en que la incredulidad y la indiferencia roan los espíritus negados á toda obra, de modo que venga á ser necesario atestiguar, ya que no otra cosa, que la verdad subsiste: en tal siglo, los buenos invoquen un Sócrates; los demas prepárenle un Aristófanes, un Melito y la cicuta.

Ultimamente se ha publicado *Dos Sokrates Leben, Lehre und Tod*, von Ernst von Lasaulx, 1860, en cuya obra se desarrollan principalmente las teorías morales y religiosas de la antigua Grecia.

## NÚM. VI

### ALEJANDRO Y DEMÓSTENES.

Los gérmenes que la Grecia recibiera del Oriente los llevó á aquella madurez desde la cual empieza el deterioro; obras maestras poseía en todas las bellas artes; la poesía la habia confortado en su cuna con robustos cantos; la filosofía se habia ordenado en sistemas. Tanto incremento no debía quedar en provecho de una sola ciudad ó de un pequeño pueblo, y era hora de que aquel agua se esparciese por otros campos, y que volviendo á mezclarse con aquellas de que se habia derivado, extendiese la fecundidad.

Los Persas habian intentado sofocar en su nacimiento la grandeza de la Grecia; pero la generosa resistencia que esta les opuso le sirvió mas bien de ocasion para conocerse á sí misma. Aun despues de que los sucesores de Ciro hubieron perdido la esperanza de dominar la patria de Leónidas y de Temístocles, continuó la enemistad, y los velados ó abiertos choques con la Persia constituyen la historia externa de la Grecia, y explican tambien gran parte de sus cambios interiores.

La primera invasion persa habia unido de nuevo á los Helenos, adormeciendo interinamente los celos y animosidades provenientes de la diversidad de razas; pero no tardaron en reaparecer. La Grecia formaba un conjunto de pueblos diferentes en origen y en gobierno, semejantes en intereses y en idioma; que tenían entre sí ménos un derecho social interno que uno público externo: desconfiados unos de otros, bien que todos adversos á quien no pertenecía á su sociedad. El tener que resistir á los enemigos les hacia sentir como necesaria la union; pero no sabian hallarla sino con la preponderancia de alguno de ellos; y esto llevaba á la tiranía. Los Atenenses se habian mostrado primero sus libertadores contra los Persas, y despues aspiraron al dominio. Alzóse contra ellos Esparta, que libertó de este señorío á los Griegos; pero bien pronto afianzó el suyo, mas inhumano. Desbarataronlo los Tebanos, los cuales sin embargo no duraron en la supremacia mas que la vida de un hombre; y de este modo se adquiria siempre y se conservaba el imperio destruyendo y oprimiendo. Á aquella

vaga tendencia á la unidad se oponia el genio nacional, y la coexistencia de las estirpes heterogéneas sobre el mismo territorio; de lo cual vino el enflaquecimiento de todos y el desesperar de conseguir una asociacion civil diversa del comun y de la ciudad, y mas adecuada á la creciente civilizacion.

La Persia se mezclaba en aquellos movimientos fractricidas, y favoreciendo á los unos ó á los otros cercenaba la independencia de todos. Despues de la paz de Antálcidas quedaron aun mas sujetas al gran rey: el Asia Menor habia sido absorbida por aquel imperio, es decir, convertida en bárbara por consentimiento de Esparta y de Atenas; y gente griega quedaba vasalla de los Persas. No se resignaban, sin embargo, á la servidumbre, y la idea de hacerse fuertes en términos de rechazar á los Persas, predominaba en los Griegos, aun cuando invocaban la ayuda de estos. Mas para aniquilar una potencia tan grande no eran de modo alguno suficientes aquellas comunidades desunidas; el valor basta para defender la casa propia y para morir combatiendo; pero la victoria no es mas que para los unidos. Un modo de dar unidad á la Grecia era el de poner el ejército bajo un mando único, y lo que habia sido por largo tiempo el proyecto de la nacion, y que ya habian intentado en parte Cimón y Agesilao, fué realizado por los Macedonios. Esta gente dórica, que se habia quedado en la patria al tiempo que los demas emigraron, como los hermanos desterrados habia cerrado la edad heroica para entrar en la Republica, pero ya se desviaba tambien de esta para plantear otra mas vasta. País feudal víctima de luchas intestinas y con los Bárbaros Tracios é Ilirios, no habia participado de la civilizacion griega, por lo que parecia á los Griegos lo que á los Europeos los Moscovitas de un siglo há; pero que, como los Moscovitas precisamente, tenia puesta con la mayor perseverancia su atencion en penetrar en la sociedad helénica.

Aminta, rey, esto es, jefe de aquellos príncipes feudatarios, por haber destruido un cuerpo de Persas despues de la batalla de Platea, pidió el título de ciudadano de Atenas; Alejandro I

ser admitido á las solemnidades nacionales de Olimpia, en nombre de Hércules, padre comun de los Dorios; Arquelao II fabricó, hizo caminos, llamó artistas y poetas, lo cual pareció un homenaje al genio superior, no una amenaza. Las reformas introducidas despues de Perdicás se consideraban como un tributo á la civilizacion griega. Al fin Filipo halló todas las ocasiones de intervenir en las vicisitudes griegas.

Educado en Tébas bajo el gran Epaminóndas, y habiendo aprendido de él, si no la rectitud, la prudencia y perseverancia, reformó su ejército, dando al valor de este la nueva táctica, por cuyo medio, no solo habia de ser superior á los Tracios y á los Odrisios, sino que competiría con los Griegos. Como libertador entra en la Tesalia para aproximarse á la Grecia; como ejecutor de los decretos de un tribunal sagrado, penetra en esta en la guerra sacra de la Fócida, pasando las Termópilas; obtiene la presidencia en los juegos pitios y la preferencia para interrogar al oráculo de Delfos. En tanto honra las artes de Grecia, instituye juegos olímpicos en su país en honor de las Musas, confia al mas reputado filósofo griego la educacion de su hijo, es liberal con artistas, oradores y poetas.

Astucia y fuerza ponen, pues, en juego los Macedonios, pero siempre se mantienen moderados; es decir, sin recurrir á la violencia sino cuando es necesario.

Las obras de la Providencia no las entienden los contemporáneos ni aquellos mismos que las efectúan. En efecto, los que en Grecia favorecian el incremento macedónico, veían en él un elemento de poder, una mano fuerte venida al servicio de las cabezas pensadoras. Para los contrarios, los Macedonios eran una raza guerrera que se habia sobrepuesto violentamente á otra culta; Filipo un conquistador bárbaro que confiscaba á su provecho la libertad helénica.

Pero gran prueba del aniquilamiento de las ciudades griegas es la indiferencia con que el pueblo veía tal incremento, y favorecia á los hombres de Estado que Filipo habia comprado á fin de que persuadiesen á las repúblicas, no el bien de estas sino el provecho suyo. ¿Dirémos que habian comprendido como inevitable la caída de los gobiernos en comunidad? Demádes decia en efecto que aquellos no gobernaban á la patria, sino á los naufragos de la patria (1); y harto se sabe que recibían oro á dos manos, y que los sofistas procuraban no persuadir lo mejor, sino adquirir triunfos oratorios y silogizar sutilezas.

Entre los que favorecian á Filipo, Focion lo era con pureza; mas ¿por qué lo sostenía? por desaliento, por materialismo. Hombre honrado, pero sin elevacion, veía condensarse aquella nube, y creyendo imposible oponerse á ella, aconsejaba no intentarlo siquiera, para no exasperar á Filipo, ni hacerlo cruel con la resis-

(1) PLUTARCO, en Focion.

tencia. Quería que se aceptasen las condiciones de paz que este presentaba y que se sobrellevasen con paciencia (1): si oía declamar contra él, subía á la tribuna á reprobarlo; si se proponía una expedicion, decía: «Creo que valga mas recurrir á las plegarias. Es menester ser ó los mas fuertes, ó los amigos de los mas fuertes.»

Tenia razon: nosotros en su posteridad lo decimos, nosotros, gente sensata, que hacemos por no dejarnos mover á actos de heroísmo. Pero nosotros que lloramos sobre Venecia, ¿qué juicio hubiéramos emitido acerca de la patria de Milciades y de Epaminóndas, si hubiese dejado cambiar sus instituciones sin defenderlas? ¿las instituciones bajo las cuales se habia cubierto de tanta gloria? ¿si habiendo renunciado á su propia independencia, no por aquellas ideas de utilidad universal que solo en gran distancia pueden presentarse, sino por miedo vulgar ó por racional reverencia á aquel fatalismo que cree reservada siempre al mejor la victoria?

Representando al partido, si se quiere imprudente, pero generoso, estaba Demóstenes. Nació en Atenas el año 381 ántes de Cristo, y perdió en su tierna edad á su padre, hombre rico, que poseía una fabrica de armas. Abandonado al ciego cariño de su madre y á la negligencia de infieles tutores, desviado del estudio por debilidad de temperamento, su primera educacion no parecía preparar en él un grande hombre. La energía de su alma no apareció sino en los vicios de su índole; en términos que sus compañeros, objeto habitual de su malignidad, le pusieron el sobrenombre de *Serpiente*. Á los diez y seis años, oyendo en una causa importante á Calistrato, abogado célebre, conoció el poder de la palabra y la dignidad del orador rodeado de homenajes y acompañado á su casa por ciudadanos libres; concibió la idea de la elocuencia y de la gloria, y se dedicó á ella en cuerpo y alma.

La República ateniense, reducida por las ordenanzas de Pericles á pura democracia, se hallaba entonces fascinada por los oradores, razon por la cual hasta el artesano subía á los primeros puestos.

Do quiera que se hable al pueblo importa mas conmover que persuadir. Por esto era un arte el hablar bien, y se enseñaba en las escuelas á llegar á ser orador y popular, lisonjeando á las turbas, vituperando á los que disfrutaban de gloria, ostentando sentimientos nobles, que tan poco cuestan de palabra; estudiando y favoreciendo las pasiones populares, sin cuidarse de si son razonables y oportunas, y diversas de lo que fueron ayer y de lo que serán mañana.

En tales ocasiones el charlatan prevalece sobre el hombre racional; son de gran mérito una buena voz, bello estilo, robustos pulmo-

(1) PLUTARCO, 48.

nes, continente majestuoso; una chanza devanece un raciocinio, y en vez de refutar las razones, basta garrulear mas alto. Si de este modo se triunfa hoy en los parlamentos y en los juicios, mucho mas en las repúblicas griegas en que se hablaba á una muchedumbre mas numerosa y mas vulgar.

Isócrates, que suele citarse como un pedante, y á quien Platon coloca por cima de todos sus contemporáneos y predecesores por la elevacion filosófica de su elocuencia, daba lecciones, pero tan costosas que Demóstenes no pudo en un principio participar de ellas. Atúvose, pues, á Iseo; pero estudiando simultáneamente con Platon, daba muestras de que no se contentaria con la forma. Además meditaba sobre los antiguos, ejercicio importantísimo; puesto que cuando la lengua se debilita en la afectacion, aprovecha recurrir á las fuentes para beber en ellas energía y vivacidad.

Habiendo sido silbado las primeras veces, le manifestó un cómico la diferencia que hay entre una cosa dicha bien y la misma dicha mal, por lo cual se obstinó en vencer sus propios defectos. Y lo consiguió, y habiéndosele preguntado cuál fuese el primer mérito de un orador, respondió, la accion: cuál el segundo, cuál el tercero; tambien la accion. Quizas era una ironía de aquel hombre eminente; puesto que él buscaba bien diversos méritos, y su oracion por la corona gustó tambien recitada por Eschine, aunque este afirmó que mucho mas habria gustado de boca del autor.

Y no con menor celo proseguía el estudio del estilo y de la elocuencia; y los autores antiguos hablan de un gabinete subterráneo en que pasaba encerrado muchos meses, con la cabeza raída por mitad, copiando á Tucídides, ejercitándose en expresarlo todo oratoriamente, preparando escritos para todas las ocasiones, declamando continuamente, meditando y escribiendo. Las arengas de Demóstenes oían á aceite, decían; pero él respondía con razon á sus detractores que su lámpara y la de ellos no alumbraban iguales trabajos.

Los estudios de Demóstenes le ocuparon muchos años de su juventud sin dejarle tiempo para presentarse en la tribuna ó en el foro. Á los vintisiete años emprendió la defensa de una causa que parecía al mismo tiempo pública y privada, y que á la vez participaba de la peroracion judicial y de la arenga política. Demóstenes escribía acusaciones en nombre de diferentes ciudadanos, que las recitaban ellos mismos, y de esta clase compuso ocho discursos solo para Apolodoro, y la prueba de que él no los recitaba, es que en el mismo negocio dió un discurso á cada una de las dos partes. Parece que toda su vida trabajó para el foro, aun cuando era superior en la tribuna, y sus trabajos para los ciudadanos eran, despues de su patrimonio, el principal manantial de sus riquezas. Casi ninguno de los que nos quedan es apológético. La índole áspera y violenta de De-

mostenes lo inducia siempre á acusar, acto tan penoso para Ciceron: lo cual hizo las mas veces en su propio nombre y por injurias personales. Habiendo sido insultado y golpeado en la cara por Midias, ciudadano rico y revoltoso, atacó á su enemigo á vista del pueblo con una invectiva admirablemente razonada: despues dejó de perseguirlo por algunos millares de dracmas. Poco despues recibió varias heridas en la cabeza y exigía una indemnizacion en dinero. Estos dos accidentes tan próximos uno de otro, y el modo con que el orador se consolaba ó resarcía, hicieron que se dijese que su cabeza le producía tanto como una buena heredad.

Á los treinta y un años ya habia entrado en la administracion pública, y comenzaba su inmortal lucha contra Filipo. Desde esta época en adelante parece que su vida se purificó en el fuego del amor patrio, el cual exaltándole el ánimo, se lo conservó incorruptible. En medio de la venalidad de los oradores de Atenas, Demóstenes despreciaba los tesoros y las seducciones del Macedonio y se consagraba sin restriccion á su patria; pareciendo que toda su carrera pública no haya tenido mas que un solo objeto, la guerra contra Filipo; y se sabe que así en política como en lo demas, el genio no es muchas veces otra cosa que la perseverancia obstinada en una idea fuertemente concebida. Once arengas recitadas en el periodo de quince años, bajo el nombre de *Filípicas* y de *Olintias*, forman el complejo de aquella gran causa, promovida por el ciudadano de una República contra un monarca fraudulento y conquistador.

Segun Plutarco (1), el estóico Penecio decía que Demóstenes profesaba la doctrina de que solo lo bello (en el sentido elevado en que lo tomaban Sócrates y Platon) merece por sí mismo la preferencia; así es que en vez de dirigir á los ciudadanos hacia lo fácil, dulce y útil, manifestaba siempre que la salud pública debia ser despues de lo bello y de lo honesto. Focion, hombre utilitario, para decirlo segun la locucion moderna, lo comparaba á los cipreses, que aunque grandes y elevados, no dan fruto, y Demóstenes conocía que era matar su elocuencia dirigir las cosas por el puro cálculo y decía: *Focion es el hacha de mis discursos*. ¿Qué puede perjudicar mas al entusiasmo que oponerle la verdad desnuda? Sin embargo, las naciones, no ménos que los hombres, viven de la ilusion mas bien que de la verdad, y muchas veces aquella errando ennoblece, mientras que la fria razon salvando envilece.

Demóstenes era por conviccion hábil político; veía el peligro de léjos y lo anunciaba: conoció el vasto y hereditario proyecto de los Macedonios, y que aquella mezcla de audacia y astucia, de violencia y de consideraciones que se observaba en Filipo, daría por resultado la

(1) En Demóstenes, 16.

ruina de la libertad griega. En su consecuencia contrarió todos sus pasos. Cuando Filipo quiso ocupar las Termópilas, él gritó á las armas; pero solo despues de tomada Olinto, vistas las expediciones contra la Eubea y la defeccion de los de Tesalia, resolvieron los Atenienses la guerra y enviarle una embajada. Demóstenes fué uno de los diez enviados, y exacerbado por la indiferencia de Filipo, manifestó con mayor ardor la necesidad de armarse y lo consiguió, siendo efecto de su elocuencia inducir al Macedonio á pedir la paz.

Pero muy pronto vuelve Filipo animado por las nuevas victorias que habia conseguido contra los Bárbaros, y los anficiones lo eligen capitán de los Griegos para que castigase á los sacrilegos Locrios. Filipo entra en el sagrado suelo de Grecia con aspecto amenazador; Demóstenes, hombre de paz, da el grito de guerra; Focion, gran capitán, predica la paz, pero no es escuchado. Toman las armas, pero Filipo triunfa en Cheronea. Focion aconsejó bien, pero hasta en perecer hay gloria, siempre que sea noblemente. Demóstenes no desanimó por esto, y trató de poner sobre las armas á toda la Grecia y fortificar á Atenas. El peligro, en verdad, era apremiante. Adquiriendo Filipo la Tracia se habia procurado tropas ligeras y asegurado la adquisicion de las ciudades que estaban sobre la costa, sin las cuales Atenas era nada.

Aunque Demóstenes declamase exageradamente por ira ó por alcanzar su objeto. Filipo no pensó destruir la nacionalidad de Tesalia y Grecia ni extinguir en Ática la libertad, sin la cual es imposible vivir en aquellos peñascos. Él pudo obtener la supremacía por medio de la fuerza, pero se satisfizo con reclamarla por medio de los oradores. El objeto que se proponia era acabar de una vez las enemistades de los Persas, hiriéndoles en el corazon; asunto nacional que hizo vencer las dificultades, por lo cual la asamblea general de Corinto nombró á Filipo generalísimo para castigar en nombre de todos los Griegos los sacrilegios que los Persas habian cometido en los templos, dándole el derecho de fijar el número de hombres y dinero con que cada Estado debia contribuir.

Sazonaba su obra, cuando fué muerto (336 años de J. C.) y tal vez por alguna trama de la aristocracia macedónica, cuyo poder se veía amenazado por la creciente autoridad de su jefe. Demóstenes dirigió por ello una danza indecente, aquel Demóstenes que tambien habia conocido que el mal no tanto estaba en el enemigo cuanto en los Atenienses, y dijo: *Si Filipo pereciese, vosotros fabricaríais otro al momento.*

En verdad Alejandro sucedia á su padre con mayor energía y ambicion, mas vastos proyectos y la ventaja que tiene el que viene el segundo. Encontró su Macedonia agitada por los señores, los cuales esperaban volver á obtener aquel poder desenfrenado que Filipo habia reprimido y donde Atalo y Amintas habian orga-

nizado una fuerte faccion resuelta á destruir el edificio construido por Filipo.

Las instituciones macedónicas eran semejantes á las de Tesalia, estando el país dividido entre caballeros, valerosísimos en la guerra, pero toscos y llenos del sentimiento de su propia fuerza. En sus fiestas debia permanecer sentado el que no se hubiese aun señalado en alguna empresa; sus juegos eran como los de los héroes de Homero. Era excesiva su pasion por las bebidas, y por condescendencia se abandonaron á ella Filipo y Alejandro, el cual, ménos aun que su padre, supo contenerse; cualidad considerada como heroica. Cuando estos trataron de introducir en aquel país las artes griegas, tuvieron tambien por objeto aumentar su preponderancia entre aquellos feudatarios que en el ejército formaban un consejo político y militar, y se juzgaban entre sí, estando de este modo unidas la constitucion guerrera y la civil.

Alejandro desbarató las tramas de sus émulos y acarició á la aristocracia librándola de todo impuesto para que le siguiese en la guerra y confiándola los puestos de honor del ejército. Hasta los de Tesalia le proclamaron jefe de su feudalidad, y él mismo los llevó á Beocia para reprimir los movimientos hostiles, recibió grandes honores de la Grecia, despues venció á los Triballos y se internó entre los Getas; pero mientras que él acampaba á la otra parte del Danubio, se esparció la voz de su muerte. Repentinamente se puso la Grecia en conflagracion, pero á aquellos Comunes les faltaba acuerdo y perseverancia, y todo venia á reducirse á las declamaciones de los oradores y á decretos que no llegaban á ejecutarse.

Volvió Alejandro amenazador: los Tebanos que habian ocupado el castillo, aunque sorprendidos por su inesperada celeridad, se defendieron obstinadamente, de modo que él ordenó la destruccion de aquella ciudad, exceptuando solamente la casa de Pindaro. Este acto de rigor causó un gran desaliento é hizo imposible toda resistencia. En vano gritó Demóstenes á las armas; Focion respondió: « Basta que » los Griegos lloren á Tébas; no hagamos que » tengan que llorar tambien á Atenas. » Esta recibió con fiestas al héroe afortunado: la asamblea reunida en Corinto lo declaró jefe de la expedicion contra Asia; solo se opuso Esparta y él no la hizo caso, pero la conservó en la memoria. Entonces tranquilizó el país como pudo. Los Macedonios, que eran muy opuestos al gobierno de uno solo, los ganó con las inmundades y dejó á Antípater con veinte mil hombres para que vigilase aquel país: de los Tracios é Ilirios, tributarios turbulentos, sacó las mejores tropas para su ejército: en Grecia dejó enteramente libre la administracion interior, persuadido de que sus facciones la debilitarian mas que su vigilancia; luego reclamó el contingente decretado por su padre para aquella guerra, y partió despues de haber celebrado la fiesta de las Musas.

Los capitanes griegos, que habian aprendido á vender su valor, reunieron tropas, cuyas armas y maniobras habian perfeccionado. Filipo mejoró la táctica segun el objeto á que la dirigia; hizo mas larga la sarisa ó lanza del soldado, multiplicó las filas, y teniendo necesidad de un ejército numeroso, hizo de modo que los restos de otras tropas pudiesen unirse á las masas robustas el dia mismo que llegaban al campo y que fuesen como si dijésemos: llevadas por ellas.

La falange solia componerse de diez y seis hombres de fondo con lanzas tan largas que las de la sexta fila llegaban al frente de la falange: las otras filas solo eran masas muertas y servían para dar impulso á las primeras. Estas fuerzas tan mal empleadas perjudicaban cuando tenian que batirse con tropas mas ágiles como las romanas; pero resultaban oportunísimas para destruir los innumerables y pesados escuadrones persas.

Así como Napoleon se aprovechó de todos los adelantos modernos, del mismo modo Alejandro supo aprovecharse de cuanto los Griegos y su padre habian hecho para mejorar la milicia, y los aplicó á una estrategia que jamas se conoció tan extensa. No varió el órden de las formaciones, excepto cuando las vastas llanuras del Asia le dieron campo para aproximar dos difalangias, que fué el mayor aumento de la formacion falangica.

El ejército macedónico casi constituía una nacion: la falange de infantería, sacada del pueblo, se reunia para resolver sobre los negocios importantes y los casos de pena capital: los caballeros y la guardia de á pié con sus escudos de plata (*argiraspidos*) representaban la nobleza; por consiguiente no eran ciegos instrumentos, puesto que expresaban su voluntad.

Solo los Macedonios estaban ligados á Alejandro por nacimiento, costumbres é intereses, y él nunca reunió á los Griegos con los conquistadores macedónicos, distinguiendo á estos con los mandos supremos, con su familiaridad y liberalidades. Habiendo hallado 3,000 talentos en Arbela, les dió la tercera parte y pagó sus deudas antes de licenciarlos. Estos eran, pues, su nervio y á la vez su obstáculo, porque por ellos no podia hacer lo que queria, y se veía obligado á guardar consideraciones, á variar sus planes y vencer siempre para evitar que se dispase aquella fascinacion que produce la victoria.

Salió á la conquista de Asia apenas con treinta y cinco mil hombres, pero aguerridos, á las órdenes de excelentes oficiales y con toda clase de caballería. Decidido á que el pingüe Oriente le suministrase dinero y provisiones, solo llevó consigo 70 talentos (385,000 francos) y víveres para cuarenta dias. Distribuyó la Europa entre sus amigos, como hicieron despues los cruzados, y para sí, solo reservó la esperanza.

Las esperanzas, así como las ilusiones, están todavia enteras á los veintidos años, que eran

los que tenia Alejandro cuando pasó á Sesto con su ejército y sobre el sitio donde estuvo Troya, ofreció sacrificios á Neptuno, implorándolo para que le fuese propicio en esta empresa, que como aquella reunia á todos los Helenos contra los Asiáticos.

La Persia, á quien él llevaba la guerra, habia sido asaltada por una precoz decrepitud: se componia de pueblos heterogéneos que tenían por centro el sátrapa de cada país, y todos ellos reunidos prestaban vasallaje al gran rey: débil vínculo, por el cual muchas veces el vasallo se presentaba en hostilidad con el jefe. Esto impedía aquella fusion de nacionalidades que da la fuerza, quedando siempre algunas hordas sin sentimiento comun; incitadas á la guerra por la aristocracia. La debilidad fundamental se manifestaba con frecuentes revoluciones. Oco acababa de destrozar la familia real, y él mismo y Arsétes, su sucesor, fueron asesinados por Bagoa, el cual puso en el trono á un vástago lejano de la casa reinante, Dario Cadomano. Este poseía ciertamente el valor, pero no el arte de mandar, y los descontentos que la revolucion habia dejado, favorecieron la empresa del Macedonio, el cual ya no procedia á la ventura, sino con un plan bien meditado, uniendo al valor la inteligencia y haciéndose secundar por su escuadra. Sometida el Asia Menor, derrotó en Ixo al rey enemigo, haciendo prisionera á toda su familia, á la que trató generosamente: se presentó como libertador de la Fenicia, de la Siria y del Egipto, que sustrajo de la dominacion persa, y se guardó de devastar: en Damasco le abrieron las puertas, y allí se apoderó del tesoro del rey. Tiro, la señora de los mares, fué tomada á la fuerza, disminuyendo su poder hasta el dia en que pudiese elevarle una rival.

Tomada esta ciudad recorrió el Egipto, venerando sus dioses y aceptando el titulo de hijo de Ammon. Satisfecho de aquel dios que habia visitado en los oasis, fijó su mente en la península que se prolonga entre el Mediterráneo y el lago Mareótis; conoció cuán oportuna sería para un vastísimo puerto que aproximase el Golfo Arábigo al Mediterráneo, y de este modo completó aquel sistema de navegacion que los reyes del Eufrates siempre habian mirado con predileccion, y fundó Alejandria como éslabon entre Asia y Europa.

En tres años completó la conquista de las provincias marítimas, y habiendo recibido refuerzos de Europa, se dirigió hácia la Alta Asia, donde solamente podia esperar una resistencia efectiva y nacional. Cerca de Arbela, Dario le opuso un millon de hombres; pero estas tropas irregulares mas bien eran obstáculo que fuerzas, tanto que Dario confió su persona á un cuerpo de mercenarios griegos, como único capaz de resistir á la falange. Llevó tambien doscientos carros armados y quince elefantes; pero los arqueros los mataron ó dejaron pasar por los intersticios de las falanges, y cincuenta